

Núm. 193.

VIDA Y MUERTE DEL CID, Y NOBLE MARTIN PELAEZ.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey D. Alfonso.</i>	<i>Doña Elvira, dama.</i>	<i>Allisidora, infanta.</i>
<i>El Cid, barba.</i>	<i>Brianda, criada.</i>	<i>Arlaja.</i>
<i>Martin Pelaez, galan.</i>	<i>Pelayo, barba.</i>	<i>Celinda.</i>
<i>Alvar Fañez, capitán.</i>	<i>Chaparrin, gracioso.</i>	<i>Ali.</i>
<i>Lain, capitán.</i>	<i>Soldados cristianos.</i>	<i>Soldados moros.</i>
<i>Bermudo.</i>	<i>El Rey Bucar, barba.</i>	

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Bucar, Ali y soldados moros.

Rey. Qué á vista de Valencia está la infanta?

Ali. Q Palas en el valor puso la planta sobre el muro de Marcia; y victoriosa de Celin tu enemigo, como diosa la respeta tu egército arrogante.

Rey. Hoy ha de entrar triunfante,
cual Semíramis bella en Babilonia,
con todos los soldados de Esclavonia;
bien Solimán con mágico desvelo,
por el caracter del luciente velo,
aseguró que su valor sería
laurel de mi dichosa monarquía.
Esta la causa ha sido,
que su hélico ardor no ha reprimido,
por ella pienso ser de la campaña,
emperador de la invencible España.

Ali. Con Arlaja y Celinda, que Amazonas
son de la Siria Zonas,
se atreve conquistar por maravilla
una y otra Castilla;
y tanto amor tu egército la tiene,
y tan gustosa viene
militando en su hélica bandera,
como si Marte fuera
su mismo general.

Rey. Los instrumentos
bélicos rompen los sutiles vientos.

Ali. Dichoso dia la ciudad espera.

Rey. Venus y Marte bajan de su esfera.

Tocan cajas, y salen por un palenqué la

Infanta, Arlaja, Celinda y moros.

Inf. Alá prospere, señor,

tu vida, que guarde el cielo,
para que veas unidos
á tu soberano imperio
desde Zaragoza al Betis,
desde Cantábría á Toledo,
y desde el fuerte Moncayo
á los altos Pirineos.

Rey. Hija, en mis brazos recibe
el parabien del aliento *Abrazala.*
militar que te acompaña:
y pues el Profeta nuestro,
brazo de Alá, te acredita
en los palacios excelsos,
tu corazon, si no mienta
los celestiales cuadernos,
de la diestra de Mahoma
será con valor supremo,
en favor del Alcorán,
rayo, relámpago y trueno.
Sepa yo de tu venida
el admirable suceso.

Inf. Oye, señor, mis hazañas.

Rey. Prosigue pues. Inf. Está atento.
Supe que el Rey de Marcia Celidoro,
hizo amistad, señor, con el cristiano,
y que el tributo de la luna de oro
te negaba el genízaro tirano.
Doy orden al Bajá Mahomedoro,
que con el tercio hélico africano
desde Denia bajase á la campaña,
unióse á mi valor, y tembló España.
Celidoro y su gente por la cumbre
de un monte divisamos, cuando el di-

abriendo la pestaña de su lumbre
 iba aclarando la tiniebla fría.
 Descubrióse la inmensa muchedumbre,
 y pareció que el cielo nos llovía
 hombres al valle; ó que segun rodaban,
 que los aires turbantes granizaban.
 En una alfana sónica nevada
 se presentó Celin, bajando un monte,
 y en otra del Jerdánico criada,
 al paso le salió Celeridonte:
 Yo no sé si chocó Sierra nevada
 con el Alpes, el Etna y el Oronte;
 sé que al chocar el uno y otro rayo,
 aquel fue Piríneo, este Moncayo.
 Presentóseme el hélico Celino
 en un bruto del Betis indomable,
 pongo la lanza en ristre, y de camino
 le paso el pecho con valor notable.
 Clavéle el cuerpo en el robusto pino,
 y al dar dentro del pecho vegetal
 el último suspiro, horrible y bronco,
 el alma le saqué dentro del tronco.
 Del escuadron de los cristianos soles,
 y del cuartel de los ginetes canes,
 se encuentran en pegasos españoles
 Zulema y el valor de los Guzmanes:
 rompen las lanzas, vuelan los faroles,
 llevando los planetas por imanes,
 y el mismo Marte, por andar al uso,
 por penachos marciales se los puso.
 El Alfaquí que el Alcórán enseña,
 contra Muza salió de saña armado,
 desde la cima de una parda peña
 á los abismos vino despeñado:
 al Profeta invocó de breña en breña,
 y segun era Muza de alentado,
 de un vuelo le arrojó desde la loma
 sobre el gran paraíso de Mahoma.
 Los dos rayos, señor, de Anda'ucía,
 Zegrías y Gomelez, se encontraron,
 y en las centellas délficas del día,
 á pesar de la Parca, se abrasaron:
 parecióle á la muerte, que podía
 descansar en el centro que buscaron,
 y halló, que la palestra que ocupaban,
 las almas inmortales peleaban.
 Dispararon los dardos y saetas,
 poblando la region del aire pura;
 dos nubes parecieron dos cometas,
 émulas de la antorcha mas colura:
 subieron en nivel las pardas metas,

y al bajar á la esfera mas segura,
 las puntas por los rumbos sucesivos
 se clavaron en los cuerpos medio vivos.
 Encendióse la guerra poderosa,
 tocó á muerte el impulso de las vidas,
 inundóse de sangre belicosa
 el arroyo inmortal de las heridas:
 arrojáronse al agua tenebrosa
 las escuadras mas fuertes y atrevidas,
 y como con su sangre les brindaron,
 en púrpura caliente se anegaron.
 Los ginetes de Denia belicosos,
 que Celinda y Arlaja gobernaban,
 cerraron con los tercios animosos
 que á la parte del Norte se quedaban:
 abrazáronse tanto, que en los fosos
 del fuerte de Celin, donde esperaban
 algun socorro, los dejaron muertos,
 inundando de sangre los desiertos.
 Fue el despojo, señor, mil prisioneros,
 cien carros de marlotas y turbantes,
 treinta elefantes de Africa guerreros,
 y mil arcos flecheros de diamantes,
 cuatrocientos fortísimos aceros,
 cien alfanas jordánicas volantes,
 y seiscientos caballos andaluces
 hipógrifos del carro de las luces.
 Murcia queda, señor, á tu obediencia,
 los castillos de Elche reducidos
 á la alcorana luna de Valencia;
 y los campos de Lorca destruidos,
 temblando los rebeldes en tu ausencia,
 los feudos otra vez restituidos,
 deshecha la amistad de los cristianos,
 y con fama inmortal los africanos.
 Todo, señor, se debe á tu corona,
 triunfa, conquista, emprende, solicita,
 postra, rinde, sujeta, perfecciona,
 tala, reforma, da, castiga, quita,
 rompe, acomete, ensalza, sigue, abona,
 alcanza, fortalece, facilita;
 y pues no puede haber quien te lo estorbe,
 gima el mar, tiemble el Sur, caduque el
 Rey. Vuelve otra vez á mis brazos, (orbe
 sol de la luna que observa
 nuestro Alcórán, pues de todas
 eres el mayor planeta;
 y vosotras, amazonas
 de la nobleza agarena,
 llegad á mis brazos. Arlaja. Todas
 el valor que nos alienta

recibimos de la infanta.

Cel. Como en nuestras almas reina,
la luz de ella recibimos,
como del sol las estrellas.

Inf. Supuesto pues que rendido
el reino de Murcia queda,
demos principio, señor,
á conquistar nuevas tierras.

El Rey Alfonso ha heredado
las dos Castillas soberbias,
por la muerte de su hermano
Don Sancho, que con la flecha

ó venablo le dió muerte,
sobre Zamora la bella,
Bellido Dolfos, y ahora

pretenden entrar por Requena
á fuego y sangre talando
las católicas banderas.

Los herberiscos ginetes,
que se quedaron en Denia,
entran mañana, señor,
en la ciudad de Valencia.

El Baja Miramolín
con sus soldados la vega
del Turia puede ocupar;

y por la parte siniestra
de las montañas del Sur,
Almozarén nos defiende
las campañas del Morál.

Nuevos trabucos de guerra
se traigan de Berbería,
y con la marcial defensa,
que de Marruecos envía

el grande Mahomad, Valencia,
por señora de las gentes,
por árbitro de la tierra,
por mejor jardín del mundo,

penga sus regias banderas
sobre los muros de Burgos,
de Pamplona y de Palencia.

Rey. Ven ahora á descansar,
que en la mezquita te espera
casi la nobleza toda
del reino, para que seas

honor y gloria de cuantas
ilustres matrenas regias
defendieren con sus armas
á la gran casa de Meca.

Inf. Yo espero que aqueste brazo,
de Alá soberana diestra,
ha de poner las diez lunas

que dejó nuestro profeta,
á pesar de los cristianos,
sobre la ciudad excelsa
del gran Alaquí de Roma,
Pontífice de su Iglesia.

Vanse.

Salen el Rey Don Alfonso y Bermudo.

Alf. Qué el Cid contra mi decreto
hasta Toledo ha llegado?

Berm. Mil moros ha cautivado
contra el debido respeto,
que se debe á la alianza,

que hiciste sin ambicion
con el rey Asimenon,
debida á la confianza.

Tus tierras ha destruido
por una que te ha ganado,
juramento te ha tomado
en la traicion de Bellido;

y á su devocion ha puesto
los capitanes de fama:
y en el Africa le llama
el arábigo contexto

el absoluto señor
de la bélica campaña,
y se imagina de España
absoluto emperador,

y á las cortes no ha venido
por su ambicion singular.

Alf. Don Rodrigo de Vivar
toda mi gracia ha perdido.

Berm. El á palacio ha llegado.
Alf. Aunque á Castilla le importe
su valor, hoy de la corte
ha de salir desterrado.

Salen el Cid, Alvar Fañez y Lain.

Cid. A vuestros pies hace alarde
Don Rodrigo de Vivar, *Arrodillase.*
que en este mismo lugar
llegó á merecer:- *Alf.* Ya es tarde.

Cid. Por su valor y lealtad,
en Castilla conocida,
sino la fama adquirida
por sus hazañas:- *Alf.* Alzad.

Cid. Parece que con disgusto *Levántase.*
me recibís, gran señor,
y es justo que á mi valor
se favorezca. *Alf.* No es justo.

Cid. No es justo? *Alf.* No. *Cid.* Pues mi fe
en qué, Alfonso, os ha agraviado?
qué causa, señor, he dado
para que vos:- *Alf.* Yo la sé.

Cid. Vos la sabeis? mi lealtad
 se amancilla sin honor;
 si algun aleva traidor
 de mi os ha dicho:— *Alf.* Escuchad.
 Dias ha, Cid campeador,
 que me tiene disgustado
 vuestra materia de estado,
 indigna de mi valor.
 En primer lugar presento
 á vuestra soberbia idea,
 que dentro en Santa Gadea
 me tomasteis juramento
 sobre si parte tenia
 en la muerte de mi hermano:
 desacato soberano,
 y especie de alevosía:
 pues fuera mas justa ley
 de la nobleza aplaudida,
 que le quitarais la vida
 á quien dió la muerte al Rey:
 pues dijo alguno en Toledo:
 que cuando al muro llegasteis
 de Zamora, no pasasteis,
 ni de cautela ni de miedo.
 El segundo cargo ha sido
 tan vuestro, como infiel;
 pues con ánimo cruel
 el reino habeis destruido
 del Rey moro de Toledo,
 que en mi palabra fiado,
 estaba bien descuidado
 de semejante denuedo.
 Quién os dió licencia á vos
 para quebrantar las leyes,
 que ajustaron vuestros Reyes,
 puestos por manos de Dios
 sobre la tierra? Qué hazaña
 puede ser la que ha rompido
 el fuero favorecido
 por mi Consejo de España?
 Fuera de esto, os ha llamado
 á las Cortes, y fingisteis,
 que en las guerras anduvisteis
 conquistándome un estado.
 Y cuando á Cuenca queria
 con mis armas conquistar,
 me dijisteis en Vivar,
 que experiencia no tenia
 de la guerra, que era mozo:
 para salir á campaña,
 sin castigar en España

el desvelo cauteloso
 de algunos, que mal contentos
 estaban de mi poder;
 accion de no obedecer
 mis bien fundados intentos:
 siendo así, que se condena
 vuestro consejo fingido,
 pues os fuisteis atrevido
 á ver á Doña Gimena,
 y me dejasteis, Rodrigo,
 con la carga del imperio,
 sujeto á que en cautiverio
 me pusiese el enenigo.
 Todos estos cargos son
 tan ciegos por la codicia,
 que están pidiendo justicia
 á mi recta indignacion.
 Vasallo tan atrevido.
 no ha de vivir en mi tierra,
 alimente la guerra,
 pues de la guerra ha vivido.
 Salid luego desterrado
 de mi reino, que no es justo
 que yo reciba disgusto
 de un vasallo, que ha llegado
 á oponerse á mi poder,
 llevado de su valor,
 que el criado á su señor
 debe siempre obedecer.
 La sentencia que os he dado
 cumplid luego, porque sea
 la jura en Santa Gadea
 escándalo de mi Estado.
 Los puestos y los tesoros,
 que adquiristeis en la guerra,
 veré si puedo en mi tierra
 confiscarlos contra moros.
 Y esta ley de mi grandeza
 se cumpla como ella está,
 porque de no, bajará
 á los pies vuestra cabeza. *Yéndose.*

Cid. Sin oirme os quereis ir?
 no, Rey Alfonso, volved,
 que os llama el Cid, deponed
 vuestro enojo, que cumplir
 debo:— *Alf.* No es tiempo. *Cid.* Escuchad.

Alf. No teneis que persuadirme.

Cid. Digo otra vez, que ha de oirme,
 señor, vuestra Magstad:
 acordáns, que soy el Cid.

Alf. Ya lo se: no sois:— *Cid.* Yo intento:—

Alf. Quién me tomó el juramento?

Cid. El mismo soy. *Alf.* Proseguid.

Cid. En primer lugar mi espada,
y este brazo que os abona,
os puso bien la corona,
que aunque estaba laureada
vuestra cabeza real
por la justa sucesion,
sin tomar la posesion,
os asentaba muy mal.
Si juramento os tomé,
no fue contra la lealtad,
antes á la Magestad
perfectamente aboné:
porque apenas mal contento
el vulgo bárbaro vi,
cuando el daño redimí
con la ley del juramento.
Si por la junta ó las leyes
os quejais, de enojo ciego,
cumpla yo con Dios, y luego
quéjense de mí los Reyes.
El traidor que os dijo, sí,
que á Bellido no maté,
y que de miedo no entré
la puerta (pesar de mí!)
de Zamora, vive Dios,
que os ha engañado en Toledo:
decidle, que busque al miedo,
porque, hablando entre los dos,
si en mi valor se repara,
por San Pedro de Cardena,
qué si el miedo no me enseña,
que no le he visto la cara.
Cuando á Zamora llegué,
el traidor, buscando el centro
de su vida, estaba dentro,
cerrada la puerta hallé.
Vuestra sangre me obligó
á no trepar por el muro,
que en él no estaba seguro:
el traidor que le mató:
que es el traidor sin segundo.
Por San Millán, que matara
cuantos traidores hallara
por el término del mundo.
Y si alguno os ha informado
mal de mí: pero este solio,
de los Reyes capitolio,
es un divino sagrado.
El decoro no perdamos

al lugar que obedecemos,
las pasiones moderemos,
y al segundo cargo vamos.
Si en las Cortes, si se advierte,
no me hallé, fue porque estaba
con los moros que mataba
en las cortes de la muerte.
No os faltó mi voto á vos,
que en la guerra singular
hice voto de matar
los enemigos de Dios.
Los dos vimos en la tierra
vuestro valor mejorado,
vos en Consejo de Estado,
yo en el Consejo de Guerra.
No falté á la Magestad,
que en las cortes del valor
cada palabra, señor,
os valia una ciudad.
Culpaisme porque atrevido
con católico denuedo
hice guerra al de Toledo?
el bárbaro la ha tenido.
Qué consejo soberano
puede aprobar en su tierra,
que rompa el moro la guerra,
y no la rompa el cristiano?
No me habéis con intencion,
que sé por cosa muy clara,
que si á Toledo os ganara,
que aprobárades la accion.
Si á Cuenca no permití
que se conquistase, fue,
porque desigual hallé
la fuerza que en vos no vi.
No está el arte del vencer
en la juventud, señor,
la experiencia es, en rigor,
la ciencia del poseer.
La guerra se ha de intentar
con muy maduro consejo,
el poder es un espejo
donde se debe mirar.
Y sabed por maravilla,
que os conquistó mi persona
desde Toledo á Pamplona,
desde Galicia á Castilla.
Quince Reyes he vencido,
diez castillos he ganado,
un reino os he conquistado,
y una provincia rendido.

Y finalmente, aunque vos
me desterreis por estado,
no teneis ningun soldado
mejor que yo, vive Dios;
y esta espada:- *Alf.* Basta, digo.

Cid. No basta, Rey soberano,
que los disgustos de un rey
son muerte de los vasallos.

Que os dejé, me decís vos?

mejor, señor, os dejaron

en los campos de Viana,

esos infanzones bravos,

capitanes de la envidia,

lisonjeros de palacio,

cuando en poder de cuarenta

agarenos africanos

os llevaban preso, y yo,

dando espuelas al caballo,

de los cuarenta ginetes,

diez solos vivos quedaron;

y no quedaron, que huyeron

del noble Cid Castellano.

Y alguno que me está oyendo,

fue el primero que vagando

los vientos, á rienda suelta

se puso, señor, en salvo.

Yo lo digo, Don Bermudo,

miradme bien, que yo os hablo.

Alf. Don Rodrigo de Vivar,

salid luego desterrado

por un año de mi Corte.

Cid. Yo me destierro por cuatro.

Alf. Por arevido os destierro.

Cid. No soy sino temerario.

Alf. Son muchos vuestros delitos.

Cid. Ya he respondido á los cargos.

Alf. Sin vos viviré contento.

Cid. Vivid, señor, muchos años.

Alf. No sois vos el Cid Ruy Diaz

el soberbio castellano?

Cid. Si señor. *Alf.* Guardaos el cielo.

Don Bermudo? *Berm.* Señor.

Alf. Vamos. *Vanse los dos.*

Alvar. Este desprecio has sufrido!

Cid. Es mi Rey, soy su vasallo.

Lain. A no estar el Rey delante;

á Don Bermudo:- *Cid.* En palacio

todo es respeto, *Lain.*

Alvar. Ese, señor, veneramos.

Cid. Ea, Alvar Fañez, *Lain,*

del orbe terror y espanto,

seguidme, y juntemos luego

nuestros fuertes aliados,

para cercar á Valencia:

conquistemos, castellanos,

al Rey Alfonso otro imperio,

en pago de estos agravios.

Alvar. A tu lado moriremos,

como valientes soldados.

Lain. Al calor de tu bandera

todos, señor, militamos.

Cid. De las Asturias de Oviedo

hoy, Alvar Fañez, aguardo

á Martin Pelaez mi deudo,

que será grande soldado

andando en mi compañía.

Tú verás, Alfonso, cuanto

debes estimar al Cid,

á quien hoy has desterrado

por haberte dado imperios,

por haberte conquistado

á Zamora y á Palencia,

á Valladolid y á Campos:

pero á pesar de traidores,

esta espada y este brazo

te conquistarán laureles,

te darán nuevos estados,

te añadirán nuevos triunfos,

y sabrás, desengañado,

quién es el Cid, á quien llaman

el soberbio castellano. *Vanse.*

Sale Martin Pelaez huyendo, y Pelayo,

su padre, y Chaparrin tras él.

Pel. Hijo, dónde vas? espera,

qué tienes? sosiega, aguarda:

qué nuevo impulso acobarda

tu sangre de esa manera?

Chap. Esa gaita ó chinfonía,

que el Cid á esta tierra envió,

á los dos nos asustó.

Pel. Tú has de mostrar cobardía,

cuando el buen Cid Castellano

te llama, para que seas

honor de Asturias, y veas

de su solar soberano

el trofeo militar

de tus padres adquirido?

La cítara, que al oido

de Marte suele alentar,

te altera? *Mart.* Qué desconsuelo!

Pel. Te atemoriza? *Mart.* Qué horror!

Pel. Te acobarda? *Mart.* Qué rigor!

Pel. Te inquieta? *Mart.* Válgame el cielo!

Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, sí, juro á ños.

Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.

Pel. De la caja y del clarín
tiemblos? *Chap.* Como tiemblo yo.

Pel. Tú eres mi hijo? eso no,
que no es mi sangre tan ruin.

Mart. Ay de mí! Padre y señor,
el corazón sosegá,
y atentamente escuchad
lo que importa á vuestro honor.
Estas montañas de Asturias,
que por los altivos montes
de Leon, si no atalayas
del Océano, son torres,
son mi patria: la crianza,
que me dieron estos robles,
fue el pacífico silencio
de aquesta soledad noble,
en cuyo caos divertido,
en cuyo albergue conforme,
la sabia naturaleza,
de los militares golpes,
de los marciales estruendos
y helicosos rúmore,
me libró, y en la eminencia
de aqueste vecino monte,
por merced de las estrellas,
con impulsos superiores
me dejó por escondido,
y me perdonó por pobre.
Aquí me habeis enseñado
á sembrar la tierra torpe,
á encanecer esa sierra
de los ganados menores;
y desde que vi la luz
del gran Padre de Faetonte,
y me mecieron los hados
en la cuna de ese bosque,
de esta silvestre provincia,
de este rudo imperio, donde
me crié, nunca he salido
á extrangeros horizontes;
y en su reino, coronado
de peñascos y de flores,
valles, arroyos y fuentes,
buen pastor y mal Adonis,
buen labrador, mal soldado,
me albergo dichoso joven;

en cuya segura vida,
por no tener ambiciones,
por no envidiar las riquezas,
por no aprobar los rigores,
por no agraviar á los pueblos,
por no robar á los hombres,
por no matar por estado,
ni desagruar pasiones,
la justicia con que vivo
me coronó de favores.
Parece ser, que llevado
vos de aquella sangre noble,
que os dió el cielo, pretendeis,
porque el Cid la vuestra goce,
siendo tan cercano deudo,
que yo sea ó que yo logre
debajo de su bandera
de los alarbes pendones
el triunfo marcial, ganando
eterno lauro á mi nombre.
Decís bien; pero sabed,
que la armonía del orbe
consta de infinitas cuerdas,
desiguales en las voces.
Yo, padre y señor, no tengo
el aliento vital, donde
consiste el marcial estruendo,
tan fecundo, que corone
de rayos el alvedrío.
No esta arquitectura noble,
no este cuerpo organizado,
ni estas arterias disformes,
son alma de este edificio,
sino el corazón, que impone
leyes vitales al brio;
y aunque soy noble, se encoge
tal vez el ardor viviente,
y tímidamente torpe,
discurriendo por las venas,
le hiela, le descompone,
le atemoriza, le ofende,
y cobardemente inmovil,
en la oficina del pecho
el alma noble se esconde,
porque el caso no le infame,
y el lugar no le inficione.
Yo no sé de qué procede
este, que atrevido rompe
los impulsos de la ira:
bien sé que debo á las voces
de la honra, que heredé

de tantos hidalgos nobles,
 acudir; pero si el cielo,
 que reparte por su orden
 leyes del quinto planeta,
 que son los marciales soles,
 pequeña pavesa anima
 á esta materia de bronce:
 qué culpa tiene el discurso,
 si el valor no le socorre?
 Yo siento en mí, por la parte
 de la nobleza, un desorden
 invencible, un corazón
 hecho de dos corazones;
 pero al punto que el temor
 con arrullos gemidores,
 con susurro movimiento
 me hiela, me descompono
 la ira con la templanza,
 y á vista de los ardores
 el limpio acero suspende,
 y el corbo aliange depone.
 Y supuesto que yo mismo
 no pude hacerme, y que el golpe
 de aquesta fortuna adversa
 nace de impulsos mayores,
 dejadme en mi humilde esfera,
 padre y señor, sin que noten
 mis flaquezas inculpables
 las extranjeras naciones:
 aquí viviré seguro,
 pasando plaza de joven
 alentado en el discurso,
 que con cordura los hombres
 pasarán plaza de Alcides
 encubriendo sus pasiones.
 Querer que vaya á la guerra,
 es querer que me deshonren
 los amigos y enemigos,
 que mis faltas no conocen.
 Filósofo soy que busca
 la quietud entre estos robles,
 escribiendo sus defectos
 en las peñas de estos montes,
 que se ocultarán mejor,
 que entre láminas de bronce:
 Aquí puedo yo, señor,
 dar á vuestra casa honores,
 sustentando con prudencia
 en todas las ocasiones,
 el valor que me han negado
 esos diáfanos once,

impulsos que estan pendientes
 del último y primer movil.
 No violentéis mi alvedrío,
 ni me saqueis contra el orden,
 que me dió naturaleza
 á la campaña disforme,
 á ser entre los soldados,
 que son de Marte leones,
 fábula de vuestra sangre,
 y afrenta de mis mayores.
 No á todos, señor, nos sueñan
 bien las militares voces;
 ni los laureles de Marte
 animan los corazones
 de los que están enseñados
 á oír entre ruiseñores
 cláusulas dulces del alba,
 harmonía de los orbes.
 Yo he estudiado en estas hojas,
 que los céfiros descogen,
 muchas letras naturales;
 y á la luz de esos faroles
 he leído, que la vida
 es un tránsito, que coge
 la cuná y la sepultura,
 en cuya mansion el hombre
 apenas se acuesta día,
 cuando se introduce noche.
 Yo no pretendo, señor,
 ir del campo á los salones
 de palacio á pretender
 (por haber muerto á los hombres)
 plaza de fiera, ni quiero
 que se vistan mis pasiones
 de la túnica de Marte.
 Vístanse los ricos hombres,
 los guerreros, los valientes,
 y los bravos infanzones,
 que á mí me basta, señor,
 aquella túnica pobre,
 que nos da la muerte, cuando
 nos da el sepulcro por norte.
 Suspended pues el decreto,
 que no todos los varones
 de conocidos solares
 libraron sus pundonores
 en las armas, que las letras,
 con inmortales renombres,
 levantaron muchas casas
 al solio de los señores.
 Yo, en efecto, no he nacido

con aquel ímpetu noble,
 con aquel valiente ardor,
 que saca entre los humores
 el relámpago viviente,
 que ostenta luces feroces.
 Ultimamente, estas breñas
 por hijo me reconocen,
 aquí pretendo vivir,
 sin que la guerra me postre,
 sin que la envidia me acabe,
 la conquista me corone,
 la tiranía me halague,
 la crueldad me desenoje,
 la atrocidad me condene,
 la ciega ambicion me estorbe,
 y en fin, como bruto fiero,
 sin ley, sin Dios y sin nombre
 me coja en pecado aquella
 vida y muerte de los hombres.

Chap. No se canse su mercé,
 su hijo y yo somos dos
 gallinas, sí, juro á ños.

Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.

Pel. Martin Pelaez, hijo, advierte,
 que hombre noble nunca ha sido
 cobarde, porque ha nacido
 peleando con la muerte.

La nobleza es un diamante:
 nace bruto el hombre, y luego,
 si es noble, descubre el fuego
 de aquel ardor vigilante.

Tú, como nunca has salido
 á campaña, bruto estás;
 pero tú te labrarás
 al son de Marte lucido.

Tú no tienes sangre mia?

Mart. Sí. *Pel.* Pues mi sangre defendo
 con mi sangre. *Mart.* Yo no entiendo
 tan noble filosofía.

Si vuestra sangre heredé,
 y cumplo con la quietud
 las leyes de la virtud,
 vuestra nobleza aumenté.
 Lo que reparte al formar
 Dios y la naturaleza
 al hombre, no habrá nobleza
 que se la pueda quitar.
 Si Dios no me concedió
 este marcial frenesí,
 quién me puede dar á mí
 lo que el cielo no me dió?

Si el natural accidente
 hace de su ser alarde,
 cómo puede ser cobarde
 quien no ha nacido valiente?
 Cobarde se ha de llamar
 el que nació con valor,
 y no sustenta su honor,
 pudiéndolo sustentar;
 pero el que tuvo al nacer
 pacífica inclinacion,
 no faltando á la razon,
 nadie le puede ofender.
 La perfecta cobardía
 es aprender á matar;
 pero saber perdonar,
 es la mayor valentía.

De lo que soy me disculpa
 la fábrica que formasteis,
 porque si vos me engendrateis,
 en qué he tenido la culpa?
 Y pues la causa no di-
 dad muchas gracias á Dios,
 que no me quejo de vos
 de haberme engendrado así.
 Y no os canseis, finalmente,
 en reprobar lo que apruebo,
 que si no me haceis de nuevo,
 yo no puedo ser valiente.

Chap. No se canse su mercé,
 su hijo y yo somos dos
 gallinas, sí, juro á ños.

Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.

Pel. Hijo, el Cid, como soldado,
 quiere que á su lado seas
 Scipion, para que veas
 tu claro blason honrado.
 Armas y espada lucida
 te envia de la campaña,
 y será afrenta de España,
 y de Asturias conocida
 bajeza, que un hijo suyo,
 como tú, no se arme luego
 de aquel encendido fuego,
 de aquel mongibelo, en cuyo
 incendio vive el ardor
 á par del tiempo inmortal.

Mart. Mirad, que os está muy mal,
 padre, ese marcial favor.

Pel. Mal me puede estar, que veas
 la cara á la guerra? *Chap.* Sí,
 porque él y yo:— *Pel.* Quién á tí

te llama para que seas,
bruto, en materia tan grave
consejero? *Chap.* Porque á yo
y mi amo nos parió,
sin duda alguna, aquella ave,
que junto al gallo se acuesta,
y en espantándole, sí,
á él, me espantan á mí:
sí por esta cruz, por esta.
Pel. Mi maldición te echaré
si no te armas caballero:
cúete luego el acero.
Chap. No se canse su mercé,
mi amo y yo somos dos:—
Pel. Infame, tú hablas aquí?
Chap. Sí, que mi amo está en mí,
y yo estoy en él, por Dios;
porque si mi amo fuere
valiente, lo he de ser yo.
Mart. Siempre un hijo obedeció
á su padre, mas se infiere,
que esta obediencia forzada
en mí viene á ser virtud,
y en vos, padre, ingrátitud:
al punto venga la espada.
Chap. La mia venga tambien.
Mart. Armarme quiero (ay de mí!)
Chap. Armarme quiero (ay de ti!)
Pel. Darte quiero el parabien.
Elvira?
Suen Elvira de labradora y Brianda.
Elv. Señor. *Pel.* Sobrina,
las armas que le ha enviado
el Cid á tu primo, al punto
las traigan aquí. *Chap.* Del gallo
todas las plumas á mí,
y aquel que me dieron, casco
de hierro, con el lanzon
con que alincéo los gansos,
me traigan aquí: señor,
es de burlas este ensayo
é de veras? *Mart.* Chaparrin,
luego hablaremos de espacio.
Chap. Hemos de ir á matar moros?
Mart. Es fuerza salir al campo.
Chap. Armados? *Mart.* Sí. *Chap.* Bien está:
armas, armas.
Sacan en una fuente peto, espaldar y es-
pada, y le arman á Martin, y para Cha-
parrin un casco con unas plumas
de gallo.

Briand. Ya las traigo.
Elv. En fin, primo y señor, vais
á la guerra? *Mart.* Si los hados
ó la fuerza de mi estrella,
Elvira, lo han decretado,
qué remedio? *Elv.* Y nuestro amor?
Mart. Nuestro amor, prima: turbado ap.
estoy de ver este abismo
de confusion y de espanto.
Pel. Hijo, yo te quiero armar.
Briand. Chaparrin, que ya ha llegado
la hora en que de esta casa
vayas á la guerra? *Chap.* Vamos
yo y mi amo á coger liebres,
ó andar á caza de galgos,
que lo mismo son de moros.
Briand. Dime, no me traerás cuatro?
Chap. Como yo los halle muertos,
te traeré ciento. *Briand.* Estás guapo.
Pel. Que bien te sientan las galas!
pareces un gran soldado.
Mart. Hay del serlo al parecerlo,
padre, un camino muy largo.
Pel. Este conquista el valor
con el ánimo esforzado.
Mart. Válgate Dios por valor!
dónde estás que no te hallo?
Pel. En el corazón no sientes
con esa espada en la mano
nuevo espíritu? *Mart.* El acero,
como es rayo acicalado,
es espejo de la muerte,
y ya no le temo tanto:
cuerpo de Dios, con las armas
me parece que he cobrado
el espíritu del Cid:
cierra España, Santiago.
Tocan el clarin, y tiemblan los dos.
Pel. Eso sí, cuerpo de Dios,
el clarin te ha desmayado?
de qué tiembblas? *Mart.* Pues si no
temblara yo, ni los diablos
oponérseme pudieran.
Pel. Vuelve en ti. *Mart.* Ya se ha pasado
la cuartana del leon.
Briand. Tambien tiembblas tú, borracho?
Chap. No te admires, porque yo
soy el mono de mi amo.
Mart. Ea, padre, llegó el dia
en que á la guerra me parto,
dadme vuestra bendicion

y los brazos. *Pel.* Hijo amado, Dios vaya en tu compañía, mi honra pongo en tus manos: morir con ella, es vivir, aun á pesar de los hados. *Vase.*

Mart. Prima, perdonad, que creo, que no es buen enamorado el que no ha sido valiente: hasta que haya conquistado el nombre de capitán, no he de verme en vuestros brazos.

Elv. Yo fio de vuestro aliento y corazón esforzado, que dareis á vuestra sangre blasones tan señalados, que inmortaliceis su nombre: y á Dios, mi señor, que el llanto, dulce castigo de amor, sale á los ojos triunfando de mi alvedrío: qué pena! qué dolor! Ausencia, vamos á morir, que así lo ordena la influencia de los astros. *Vase.*

Briand. A Dios, Chaparrin querido.

Chap. Encomiéndame á Santiago, que vó á lidiar con Mahoma.

Briand. Una novena á ese Santo te he de hacer. *Chap.* Así lo creo de tu virtud y tu trato.

Briand. A Dios, Chaparrin. *Chap.* A Dios, chaparra de otro chaparro.

Briand. Allá vas, cómate lobos. *Vase.*

Chap. Y á ti te lleven los diablos.

Mart. Fuéronse? *Chap.* Sí, ya se fueron, y los dos hemos quedado para un melonar, señor, extremados espantajos.

Mart. Qué haremos? *Chap.* Ir, y sin ver cuatro moros en un año, volvernó con nuestras cajas de lata y nuestros despachos, á quien llaman en la guerra servicios empapelados, que con ellos y con treinta muertecitas de rosario, yo seré el Cid campeador, y tú Bernardo del Carpio.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Cid, Alvar Fañez, Lain y soldados

Lain. Licencia pide, señor,

Martin Pelaez, que ha llegado de Asturias á ser soldado, y á gozar de tu favor para hablarte. *Cid.* Entre, Lain, que bien deseado ha sido, del amor que le he tenido sin haberle visto; en fin, la sangre que tiene mia, hace de su gozo alarde.

Salen de gala Martin Pelaez y Chaparrin.

Mart. El cielo dilate y guarde, por bien de esta monarquía, tu vida, señor; de suerte que con inmortal renombre, Marte eternice tu nombre, *Arrodíllase.* sobre el trono de la muerte.

Cid. Llegad, llegad á mis brazos, Martin Pelaez, levantad. *Abrazale.*

Mart. Qué valor! qué gravedad! esos militares lazos serán impulsos divinos, pues con ellos y el favor, que me haceis, tendré valor.

Cid. Los soldados peregrinos, de su propio movimiento le tienen: primo, llegad, á mi sobrino abrazad. Y vos, Lain, cuyo aliento terror de los moros es, favoreced á Martin.

Lain. El ser su amigo Lain, es su mayor interes.

Alvar. Alvar Fañez por amigo se ofrece vuestro. *Mart.* Señores, con tan divinos favores, me temerá el enemigo.

Cid. Buena presencia teneis, no sois nada afeminado, el cuerpo es de gran soldado.

Chap. Él se lo dirá despues. Oyes, no des testimonios de quien eres, porque al fin:

Mart. Quién nos trujo, Chaparrin, entre estos fieros demonios?

Chap. Lo que es tu tío, un león no es tan fiero como él: severa vista. *Mart.* Cruel.

Chap. Jesus, qué bravo Sansón?

Cid. Quién sois vos? *A Chaparrin.*

Chap. Responde tú.

Mart. Criado mio y soldado.

Cid. Hombre parece alentado.

Chap. Señor, soy un Bercebú:
pero mi amo Martín,
sobrino de su mercé:-

Mart. Mira lo que hablas. *Chap.* Yo sé,
que es un Roldan palanquin,
mata un toro de una voz,
un oso de una puñada,
un tigre de una patada,
y seis perros de una coz.

Cid. En qué allá se entretenia?

Chap. Señor, en la caza andaba.

Cid. Buen ejercicio. *Chap.* Cazaba
todo aquello que comia.
En oyendo él un clarín,
es gusto verlo rabiar
por salir á pelear.

Cid. Acude á su sangre en fin.

Chap. Si señor, riñendo quedo
á mil moros, por lo bajo,
se los llevará de un Tajo,
como sea el de Toledo.

Cid. Martín Pelaez, el honor
en los nobles siempre ha sido
rayo de Marte encendido
en la esfera del valor.

De quien habeis de estudiar
todos los marciales fueron,
es de aquestos caballeros.

Su doctrina militar
de noche os puedo servir
para llegar á vencer,
que la regla del poder
con ellos se ha de medir.

A su mesa os sentareis
para quedar mas hoñado,
y de bisoño soldado
á capitan llegareis.

Hoy en el número entráis
de los soldados, que abona
mas cerca de mi persona
el valor; y pues gozais
este puesto sin segundo
con efecto singular,
procuradle conservar
en el teatro del mundo

Mart. Yo, señor, procuraré
cumplir con mi obligacion,
y en la primera ocasion
con valor me empeñaré,
que aunque bisoño soldado,

al lado de estos dos solés
seré blason de españoles.

Chap. Lindamente has blasonado.

Cid. Discurremos, capitanes,
el estado de la guerra.

Ya ganamos á Alcocér,
Almenar, Monzon y Huesca,
y poniendo espanto al mundo,
venimos desde Requena
á sangre y fuego talando
todo el reino de Valencia.

Tres leguas de la ciudad
estamos; esa diadema
de los países de Arabia,
pensil de naturaleza,
trono hélico de Marte,
solio de la quinta esfera,
paraiso de los orbes,
y eliseo de los planetas;
y finalmente ciudad

que no admite competencia,
porque en sitio y magestad,
edificios y grandezas,
fue metrópoli de cuantas
tuvo Roma, y formó Grecia:
y en fin, por joya en el mundo
la puso Dios en la tierra.

Esta pues, soldados míos,
conquistaremos á fuerza
de armas, á pesar de Bucar,
alarbe Rey, que la puebla
con mas de treinta mil moros
de la sangre sarracena.

Nuestro número es muy corto,
yo presumo, que no llega
nuestro ejército á dos mil
soldados, que hecha la cuenta,
á cada uno nos cabe

en la batalla sangrienta
sus ciento y cincuenta moros:
no es mucho, que el que pelea
por la fe, lleva á Santiago
por patron en su defensa.

Y Santiago allá en Clavijo,
con apretar las espuelas
al caballo, se llevó

en una santa carrera
ciento y noventa mil moros;
detúvole Dios la rienda,
quizá por nuestros pecados,
que segun iba de priesa,

no queda moro en España
á quien no abra la cabeza.

Tocan y gritan dentro.

Pero el moro está en campaña.

Alvar. Y va bajando á la vega.

Lain. A nuestros cuarteles baja.

Chap. Aquí fue Troya de veras.

*Salen el Rey Bucar, la Infanta y moros
atravesando el tablado.*

Inf. Agarenos valerosos,
viva nuestro gran Profeta.

Cid. Paganos, la fe de Cristo

viva, y estos perros mueran:

Santiago, cierra España.

*Entranse el Cid, Alvar Fañez y Lain,
y dase una batalla, entrando y saliendo.*

Mart. O pese á mi miedo. *Chap.* O pesia
el alma que me engendró.

Dent. Mor. Arma, arma, guerra, guerra.

Chap. No cierras tú? *Mart.* Chaparrin,
sigueme por esta senda:

tienes ánimo? *Chap.* Ninguno.

Mart. Por que tiemblas?

Chap. Porque tiemblas.

Mart. Partamos de aqui. *Chap.* Partamos.

Mart. Ven, porque el Cid no nos vea. *vase.*

Chap. Ya yo voy: Jesus, los moros

que parte el Cid por las piernas!

y Alvar Fañez despachurra

á los moros á docenas;

solo mi amo se está

tan sesgo como una dueña.

El escuadron de los moros

no tiene pies ni cabeza,

la batalla está encendida,

solo mi amo se hiela:

Jesus, y cual sale huyendo!

dónde vas de esa manera?

Sale Mart. Chaparrin, sigueme.

Chap. Aguarda.

Mart. Viene el Cid? *Chap.* Detente, espera.

Dent. Cid. Seguid todos el alcance.

Chap. Los moros huyen, no temas.

Dent. Cid. Cierra España, Santiago

Chap. Ahora puedes tenderla. *Vanse.*

Sale Cid. De la batalla huyendo

Martin Pelaez, y del confuso estruendo

cobarde se ha salido;

asi el solar de Asturias conocido

afrenta, y su linaje

con tan villano ultraje

bárbaramente infame,

cuando entendí, que su valor y fama

se extendiese en los términos del mundo,

sin admitir en el valor segundo?

Corrido estoy que tenga sangre mia:

cómo en mi compañía

hombre cobarde alienta

con deshonor tan conocida afrenta?

Disimular conviene este cuidado,

y sea con prudencia castigado

delito tan infame,

que asi es muy justo que el valor le llame.

Salen por un lado Alvar Fañez y Lain, y

por el otro Martin Pelaez y Chaparrin.

Alvar. Los árabes retirados,

nos dejaron la campaña.

Cid. Honor y gloria de España

fueron todos los soldados.

Lain. Hasta Valencia, señor,

el alcance hemos seguido.

Alvar. Martin Pelaez, Lain,

de la batalla salió?

Lain. Cobardemente se huyó.

Mart. No nos vieron, Chaparrin!

Chap. Linda traza hemos buscado

para guardar el pellejo.

Mart. No es mejor este consejo,

que morir desesperado?

Chap. Dios dijo no matarás,

y guardas su mandamiento

tan bien como en un convento.

Mart. Es locura lo demás.

Cid. No hay duda que saldrá el moro

con nueva gente esta tarde:

que mi sangre sea cobarde

contra el blason y decoro,

que se debe á la nobleza!

Sacad las mesas: qué error!

Sacan las mesas, la una para el Cid,

y la otra para los capitanes.

Chap. A comer tocan, señor,

alimenta tu flaqueza,

por si hubiere otro Santiago,

que yo quiero en mi campaña

hacer otro cierra España

en la ermita de Santiago.

Al irse á sentar con los capitanes Mar-

tin, le detiene el Cid.

Cid. Esperad, Martin, los fueros

de la guerra son avaros,

no merecis vos sentaros

con aquesos caballeros.

Este lugar para vos

es un lugar indecente,

y mi fama no consiente

que lo ocupeis, vive Dios.

No, Pelaez, sentaos conmigo

á mi mesa, que os prefiero

á cualquiera caballero

por pariente y por amigo. *Siéntanse.*

Mart. De la faccion no me pesa, ap.

claro está, que estoy bien quisto,

porque si me hubiera visto,

no me sentara á su mesa.

Si con él nadie ha comido,

mayor lauro me previene,

que Alvar Fañez, pues me tiene

para su mesa escogido.

Lain. Por cobarde le ha sentado

á su mesa. *Alvar.* Vive Dios,

que era infamia de los dos

el ponerlo á nuestro lado:

á buen soldado fió

el Cid tan honroso cargo.

Lain. Este es noble? este es hidalgo?

no es posible. *Alvar.* El se salió

de la batalla primera,

que se dió á Miramolin,

y mas valiera, Lain,

que á la guerra no viniera.

Cid. Bien os habeis señalado

en esta guerra. *Mart.* Señor,

como es bisoño el valor:--

Cid. Decís bien, sois gran soldado:

si siempre lo sois así,

ganaremos á Valencia

my brevemente: paciencia;

corrido estoy. *Mart.* Siempre fui

inclinado á pelear.

Cid. Muy bien se os echa de ver.

Mart. Con el tiempo vendré á ser:--

Cid. Un Xerxes, no hay que dudar.

Chap. Dado estoy á Bercebú.

Digo, puedo yo ocupar

por mi amo este lugar?

Alvar. Mejor lo mereces tú;

come, Chaparrin, que al fin,

si no entraste no saliste.

Chap. Estos dieron en el chiste,

por vida de Chaparrin.

Cid. Gustais de música? *Mart.* Aquí

música, señor? *Cid.* Pues no?

la militar gusto yo:

toca un clarin.

Tocan y tiembla.

Mart. Ay de mí!

Cid. Qué teneis? *Mart.* Nada, señor.

Cid. Sosegad. *Mart.* Estoy turbado.

Cid. Martin Pelaez, qué os ha dado?

Alvar. De qué tiemblas? *Chap.* De temor.

Señor Cid, por vida mia,

que nos disculpe á los dos,

que de la cuna, por Dios,

nos quedó esta alferecía.

Cid. Hola, levantad las mesas,

y solo quede conmigo

Martin Pelaez. *Mart.* Aquí muero.

Chap. Mi amo está tamañito.

Vanse todos, y quedan el Cid y Pelaez.

Cid. Pues solos hemos quedado,

Martin Pelaez, escuchad,

y de mi enojo sacad

vuestro error ó mi cuidado.

En público no ha de oír

el reo de los ajenos,

que las faltas de los buenos

á solas se han de reñir.

Que seas mi sangre, no sé;

pero cuando lo seais

no en el valor lo mostrais,

ni en vuestra espada se ve.

Volver el ímpetu atras,

ser noble y salir huyendo

de la batalla, no entiendo

que se haya visto jamas.

La nobleza y el valor

son el iman del acero,

ninguno ha sido primero,

á todos atrae el honor.

El temor siempre es mortal,

el pundonor nunca muere,

el uno bajeza adquiere,

y el otro nombre inmortal.

Vos sois noble y caballero?

no lo sois, sí, yo lo digo,

que el que huye al enemigo,

ó es cobarde ó lisongero.

De qué temblais en la guerra?

no os embravece el estrago,

cuando dicen Santiago,

cierra España, España cierra?

Cuerpo de Dios con el vicio

cobarde, lindos decoros

cuando yo mato mas moros,

entonces tengo más juicio.
 Qué es huir? por San Millán,
 que alabo á mi Dios Eterno,
 cuando despacho al infierno
 las almas del Alcorán.
 Amigo, saber morir
 con honra, vida se llama:
 que en la gloria de la fama
 consiste solo el vivir.
 En la esfera del honor,
 y el solio de la grandeza,
 el valor hace nobleza,
 y la nobleza valor.
 Hombre comun puede ser
 valiente, temprano ó tarde;
 pero hombre noble cobarde,
 yo no lo puedo creer.
 Los soldados qué dirán
 viendo que salís huyendo,
 y que se quedan riendo
 los perros del Alcorán?
 Qué dirán de vos, decid?
 dirán con cuerdo sentido,
 qué hombre es este que ha traído
 para aquesta guerra el Cid?
 En mesa de los valientes
 caballeros, no se sienta
 quien hace al valor afrenta;
 en la mia hay accidentes,
 que con la desigualdad
 queda afrentado el sugeto,
 pues dura tanto el respeto,
 como dura la igualdad.
 Aquesa mesa se llama
 templo, y Marte no consiente,
 que hombre cobarde se siente
 en el templo de la fama.
 Para merecerla vos,
 habeis de matar primero
 con el valor y el acero
 los enemigos de Dios.
 Matadlos, á pesar de mí,
 y de quien os envió
 á la guerra, á donde yo
 á ser valiente aprendí.
 Matadlos, digo, ó morir
 como valiente soldado,
 que no muere el que es honrado.
 Esto os notifica el Cid:
 y de no, mudad de intento,
 entraos á servir á Dios

(que aqui no le servís vos)
 desde luego en un convento.
 Obre el valor este dia
 lo que el acero no obró;
 perded el miedo, que yo
 no tengo en mi compañía
 sino Boldanes, Reinaldos,
 Alejandro, Scipiones,
 Xerxes, Césares, Sansones,
 Aníbal y Bernardos. *Vase.*
Mart. Pues no me he caído muerto
 oyendo tales oprobios,
 ó no es cierto lo que he visto,
 ó es mentira lo que toco,
 ó es muerte lo que poseo,
 ó no es vida la que gozo,
 ú de este siglo he pasado
 á lo insensible del otro,
 ó estoy sin honra, que es mas,
 porque bien puede ser todo.
 Corazon, en quién consiste
 este defecto alevoso?
 Averiguemos verdades,
 venid al teatro honroso
 de la honra y del valor,
 y en su tribunal heroico,
 ó morir de lo que siento,
 ó vivir de lo que ignoro,
 que es infamia del discurso
 dejarse llevar del ocio.
 La obligacion del nacer,
 es observar con decoro
 las leyes de haber nacido:
 la república de todos
 se defiende con algunos;
 porque los hechos heroicos,
 como nobles, dan nobleza
 á los unos y á los otros.
 El noble siempre es valiente;
 nació noble? ¿sí; pues cómo
 soy cobarde? comprehendido
 soy, por decreto lustroso
 de la honra, que me obliga
 desde el nacimiento propio
 á defender con las armas,
 como hidalgo valeroso,
 la fe, la patria y el Rey.
 Luego si no me dispongo
 á morir por todos tres,
 le falte al Rey en lo heroico,
 á la Patria en defenderla,

á la fe dando á los moros
 lugar para que la opriman;
 y en estos actos heroicos
 soy infame ciudadano,
 mal vasallo, y sobre todo
 mal cristiano, pñes agravio,
 por inutil y vicioso,
 á Dios, al Rey y á los hombres:
 cáigase el etna en mis hombros.
 Esto consentís, nobleza?
 Esto permitís, decoro?
 Por esto pasais, honor?
 Esto no vengais, enojos?
 No es mejor que el sol dispare
 un rayo caliginoso,
 que en ceniza me convierta?
 No es mejor que abran los poros
 este torreón de arena,
 en cuyo funesto solio
 se sepulte para siempre
 un hombre tan afrentoso?
 Apuremos el discurso.
 Con qué se hicieron famosos
 los hombres? con el valor:
 y este valor, por sí solo
 á qué aspira? claro está,
 que á tres admirables solios:
 á la fama, á la nobleza,
 y á la honra: luego á todos
 afrenta quien no es valiente?
 Sí, porque su favor es sople,
 su honra nube que pasa,
 su nobleza humo y polvo.
 Luego si yo no conquisto
 á lanzadas con los moros
 estas deidades de Marte,
 en rigor, entre los otros,
 no soy hombre, claro está;
 porque si el valor heroico
 hace á los hombres, y yo
 no tengo valor notorio,
 es que no soy hombre: ó pesia
 mi corazón pavoroso!
 taládrele el menor rayo,
 apágueme el menor soplo,
 sufóqueme el menor fuego,
 y entre el pesar y el ahogo,
 ni viva de las venganzas,
 ni muera de los oprobios.
 A mí afrentarme á la vista
 de capitanes famosos,

quitándome de la mesa,
 donde Marte belicoso
 alimenta rayo á rayo
 los ministros de su trono?
 A mí decirme en mi cara,
 que volví cobarde el rostro
 de los moros? Vive Dios,
 que si llovieran los polos
 mas alarbes, que el Diciembre
 arroja del cielo copos;
 si granizaran las nubes,
 ú destilaran á soplos
 turbantes los elementos,
 ó se cayeran á plomo,
 que ha de conocer el Cid,
 que aqueste diamante bronco
 ha descubierto mas luces,
 que rayos despide Apolo. *Clarín.*
 Eso sí, cuerpo de Dios,
 suene el clarín belicoso,
 que ya sabemos la solfa,
 por donde el valor heroico
 suele cantar á la fama
 sus concertados elogios.
 Ya está el alarbe en campaña,
 rompamos por entre todos
 los egércitos de Agar,
 y como crecido arroyo,
 que se lleva cuanto encuentra
 por los valles y los sotos,
 así llevemos cabezas,
 tantas, que digan los moros,
 entre el pavor y el espanto,
 entre el temor y el asombro,
 que por descuido del cielo
 se desató de los polos,
 ó toda la quinta esfera,
 ó el valor de Marte todo. *Vase.*
Dentro ruido de batalla y sale Chaparrín.
Chap. Vive Cristo, que mi amo
 se ha vuelto un vivo demonio:
 por Santiago de Galicia,
 que va matando los moros
 por los campos de Valencia,
 como si matara pollos.
 Cómo valiente mi amo,
 y yo cobarde? eso nolo:
 por la gorra de Sanson,
 que han de ver estos cachorros,
 no quien lleva el gato al agua,
 sino los perros rabiosos.

Aquí se da la batalla, retirando á los moros Martin, y luego sale con el Cid.

Cid. Martin Pelaez, escuchad; salís herido? de gozo no estoy en mí. *Mart.* No señor.

Cid. Limpiad la sangre del rostro.

Mart. Esa es gala de la ira, y se me viene á los ojos.

Cid. Siempre Marte entra con sangre: oís? desde hoy os conozco por deudo mio, escuchad: capitán del tercio os nombro de los leoneses. *Mart.* Señor:—

Cid. Oís? no ví tal destrozador por San Pedro de Cardena, que ha muerto doscientos moros: mirad, sobrino, de hoy mas os sentareis con los otros caballeros á la mesa; bien podeis, que yo os abono.

Chap. Yo con quién he de sentarme?

Cid. Habeis andado animoso?

Chap. Dos moros y medio he muerto, y herido noventa y ocho.

Salen Alvar Fañez y Lain.

Cid. Alvar Fañez y Lain, há sido mucho el destrozador?

Alvar. Ha sido grande, y mayor el estrago poderoso, que Martin Pelaez ha hecho en los valencianos moros.

Lain. Lauro merece inmortal.

Mart. Capitanes valerosos, lo que á vosotros se debe, no ha de gozar con elogios inmortales quien milita debajo de vuestro solio.

Alvar. Dos correos de Requena ahora, señor, llegaron, y estas cartas me entregaron del Rey y Doña Gimena. *Dáselas.*

Cid. Novedad debe de haber; esta es del Rey mi señor, y dice: Cid campeador, conviene, que á mi poder y á mi servicio, vengais á Burgos, donde os espero, con aqúese mensagero: Dios os guarde. Qué aguardais? dadme un caballo al momento, la tardanza me condena.

Alvar. Leed, señor, de Gimena la carta. *Cid.* Es atrevimiento en un vasallo de ley, de lealtad tan conocida, aunque le importe la vida, faltar un punto á su Rey.

Alvar. En tanto que procuramos tu jornada, leerás la carta, y de ella sabrás lo que contiene. *Cid.* Leamos.

Lee. Mis lágrimas son testigos que os fuisteis, Cid campeador, y me dejasteis, señor, entre vuestros enemigos. Vos me ordenais, que á la raya de Valencia vaya á veros, y el Rey y sus consejeros me han mandado que no vaya. Vos andais entre soldados conquistando un reino al Rey, y él contra la justa ley, confiscó vuestros estados. Bien claramente se muestra, que sois distintos en guerras, vos en darle nuevas tierras, y él en quitaros la vuestra. No permitais que yo viva en tan duro cautiverio, ni que le deis un imperio á quien me tiene cautiva. Dice Bermudo, señor, que al Rey no sois obediente.

Rep. Miente Don Bermudo, y miente cualquier infame traidor, que de aqueste testimonio diere fe, y á la campaña salga, y verá toda España:—

Chap. Demándetelo el demonio.

Cid. Caballeros, entre tanto, que doy la vuelta á Requena, que será muy brevemente, defended aquesta tierra, como valientes soldados: póngase toda la fuerza en este sitio, hasta tanto, que yo de la Corte vuelva. Vos, Martin Pelaez, llevad con cuidado y diligencia, antes que yo llegue á Burgos, los despojos de esta guerra al Rey Alfonso, que son

catorce alfanas turquesas,
 once cautivos bajaes,
 sin otras muchas preseas,
 que hemos quitado á los moros;
 y decidle, en cuanto llega
 mi valor á disculparse,
 que mi lealtad y mi obediencia
 ese presente le envia;
 y sepan los que aconsejan
 á los reyes, que á los hombres
 como yo, que se gobiernan
 con rectitud y justicia,
 no se confiscan sus tierras. *Vase.*

Mart. A Burgos iré, señor,
 y aunque sea en la presencia
 del Rey, sabrá Don Bermudo,
 que esta espada se gobierna
 por el impulso de Marte,
 laurel de la quinta esfera. *Vanse.*

Sale Elv. con plumas y espada, y Briand.

Briand. A tu grande atrevimiento
 ninguna accion le disculpa.

Elv. Si yo he tenido la culpa,
 discúlpame mi tormento.
 Amo á mi primo, y amor
 con la fuerza del empeño,
 á la vista de su dueño
 hará menos el dolor.

Vengo á la guerra á buscarle
 por centro de mi deseo.

Briand. Mira, señora, que creo,
 que andan moros en el valle.

Elv. El ejército cristiano
 detras de ese pardo risco
 ha de estar. *Sake la Inf. y dos moros.*

Inf. Vaya la gente
 en ese bosque sombrío
 ocultándose hasta tanto,
 que por la margen del rio
 bajen todas las escuadras,
 y todos á un tiempo mismo
 acometamos al Real
 del católico enemigo.

Briand. Perdidas somos, señora,
 moros en el bosque he visto.

Elv. Si la fuerza de los hados
 ó los astros vengativos
 se conjuran contra mí,
 lluevan los cielos prodigios.

Inf. Espera, Alí, dos cristianas
 entre esos ramos he visto.

Alí. Deteneos á la Infanta. *Llega.*

Elv. Valedme, cielos divinos.

Inf. Quién sois?

Elv. Dos cristianas nobles,
 á quien el cielo ha traído
 á tu poder por esclavas.

Inf. Dónde caminais? *Elv.* Al sitio
 de los cristianos, señora,
 á morir de lo que vivo.

Inf. A morir? *Elv.* Sí, que el amor
 tiene seguro el peligro.

Inf. Sosiega, cristiana noble,
 el alterado sentido;
 la Infanta soy, ten valor;
 descansar puedes conmigo:
 á quién vienes á basear?

Elv. A quien el alma he rendido:
 tengo amor, y soy muger.

Inf. Qué es amor?

Elv. Un dulce hechizo,
 que entrándose por los ojos,
 desbarata los sentidos.

Inf. Yo no entiendo esa pasion:
 son los cristianos muy finos
 con las mugeres? *Elv.* Señora,
 los hidalgos bien nacidos
 nunca engañan á las damas.

Inf. Serán hombres peregrinos:
 dónde estan esos hidalgos?
 porque lo que á mí me han dicho
 es, que en vuestra tierra hay hombres
 de tan doblados caprichos,
 que si no engañan sus damas
 con mil requiebros fingidos,
 no les parece que cumplen
 con quien son, y es desvarío
 quererles, sino dejarles.

Briand. Soberanamente ha dicho.

Inf. Es tu nombre? *Elv.* Doña Elvira.

Inf. Pues á la guerra has venido
 á ver, cristiana, tu amante,
 vente á Valencia conmigo,
 que desde allí te enviaré
 con el decoro debido
 á tu persona, á la raya
 de Castilla, que hay peligro
 si te diera libertad,
 y ahora fuera delito.
 de mi grandeza. *Elv.* Tu mano,
 que me concedas te pido,
 por tu singular merced.

Inf. Ea, agarenos, al silio
del bosque, que antes que el alba,
relámpago cristalino
de ese délfico planeta,
corone de luz los riscos,
antes que el bello topacio,
engastado en el anillo
celeste, surque las once
campañas de nieve y vidrio;
por esas cuatro veredas,
que nos señala este risco,
hemos de dar en el campo
del castellano Rodrigo,
ese pasmo de la Europa,
ese leon del castillo
de Marte, terror y espanto
de los pendones moriscos;
que juro por este rayo
de Alá, lunado prodigio,
esta parca de la muerte,
este acerado cuchillo
de Mahoma, á quien venera
la luz del lucero quinto,
que he de ganarles el fuerte
de Alcocér, aunque del circo
del último firmamento
baje en alas de zafiros
el padron de la cruz roja,
pues para abatir los riscos
esplendores de la aurora
para desplomar castillos,
para conquistar ciudades,
y sujetar obeliscos,
basto yo, que de Mahoma
soy exhalacion, prodigio,
saeta, cometa, rayo,
relámpago y torbellino. *Vanse.*

Salen el Rey Alfonso, Bermudo y acompañamiento por una puerta, y por la otra Martin Pelaez y Chaparrin.

Mart. Martin Pelaez, gran señor, arrod.
sobrino del Cid:— *Alf.* Alzad.
A qué venís? *Mart.* Su lealtad
y conocido valor
con un presente me envía,
que á los moros ha ganado,
cuyo triunfo venerado
de la marcial valentía,
dedica á vuestra grandeza,
suplicando le reciba,
para que su afecto viva,

impulso de su nobleza,
en el valor singular
de vuestro laurel sagrado.

Alf. Muy mal consejo ha tomado
Don Rodrigo de Vivar.

Berm. Pretende el Cid, gran señor,
disculpar con el presente
su soberbia inobediente,
solicitando el favor
de tu gracia, habiendo sido
instrumento de la guerra,
con que ha alterado tu tierra
el fiero moro atrevido.
No es bien, que tu Magestad
reciba ahora presente
de un vasallo inobediente.

Mart. Don Bermudo, reparad,
que el Cid, por divina ley,
es de la lealtad crisol,
y es el mejor español,
que tiene ni tuvo el Rey.
Si habláis porque está presente
su Magestad, sin segundo
ha sido el Cid en el mundo,
y ninguno mas valiente.
Y en esta accion, que desfiendo,
se ve, que el Cid ha ganado
un reino, y vos por estado
al Rey se le vais perdiendo.
Y va á decir, si os agrada,
de ese temor á su escudo,
lo que va á decir, Bermudo,
de la lisonja á la espada.
Y sustentaré, por Dios,
que el Cid, soldado de ley,
es, para servir Rey,
mejor vasallo que vos. *Tocan.*

Y porque llega á palacio:—

Alf. Basta pues, esto ha de ser,
egecutad mi poder. *Vase.*

Berm. Luego hablaremos despacio. *Vase.*

Chap. Qué es despacio? por la cepa
primera que vió Noé,
que él á caballo, y yo á pie,
le haré, vive Dios, que sepa
quien es el Cid mi señor,
sí, por San Pedro y San Pablo.

Sale el Cid.

Cid. Qué es esto? *Chap.* Haré lo que hablo,
por vida del campeador.

Cid. Martin Pelaez, qué es esto?

Mart. El Rey, señor, me dejó
en esta cuadra, y se entró
con Don Bermudo. *Cid.* Qué es esto?
Salen Bermudo y soldados.

Berm. El Cid está allí, llegad,
llevadle preso á Leon,
que así por su condicion
lo ordena su Magestad:
qué aguardais? *Sold.* 1. Parece error,
que tú sin llegar estés;
pero yo bastaré pues.

Llega.

Cid. Qué quereis? *Sold.* 1. Nada, señor.
Dónde hemos de llevar
á Don Rodrigo? *Berm.* A Leon,
no se pierda la ocasion.

Chap. Por vida:: *Mart.* Yo he dematar::
Cid. Sosegaos. *Berm.* Obre el valor:
qué aguardais, ó qué temeis?

Soldad. Está bien, lleguemos pues. *Lleg.*
Cid. Qué quereis? *Soldad.* Nada, señor.
Berm. O qué costosos retiros!

yo solo quiero llegar,
para poder blasonar.

Cid. Qué quereis? *Berm.* Solo serviros.

Cid. No sé yo si mi lealtad
apruebe ese frenesí,
pues para servirme á mí
aun no teneis calidad.
Haced de la lengua alarde,
sin salir de vuestra tierra,
que yo no llevo á la guerra
un lisongero cobarde.

No importa si he de escucharos,
que murmureis en mi ausencia,
pues puedo desde Valencia
con el aliento mataros.

Sabed, que aunque está cortada
la pluma de vuestra ausencia,
que hay muy grande diferencia
de vuestra pluma á mi espada.

Vos las antiguas noblezas
cortais con varios errores;
pero si esa corta honores,
la mía corta cabezas.

Muy bien podeis murmurar,
soltad la lengua arrogante,
que claro está, que delante
de mí no osareis á hablar:
y aun creo de mi denuedo,
y de vuestro aleve pecho,
que aun á mi sombra sospecho,

que la tuviérades miedo.

Berm. Advertid, que manda el Rey,
que os lleve preso. *Sale Alf.* Esperad:
debe oír la Magestad
al reo por justa ley,
Don Rodrigo de Vivar
se quede solo conmigo
en la cuadra. Por el cetro *ap.*
Vanse, y quedan el Rey y el Cid.

que por impulso divino
recibí en Santa Gadéa,
que he de ver si Don Rodrigo
manda en Castilla. *Cid.* Señor::=
Alf. Seguidme, Vivar. *Cid.* Ya os sigo.
Entran por una puerta y salen por otra,
se corre una cortina, y vense algunos
reyes de España pintados.

Alf. En esta sala Real,
donde el silencio corona
de respeto á mi grandeza,
os pretendo hablar á solas.
A Burgos os he llamado,
para que las culpas todas
que os imponen mis vasallos,
de que yo tengo memoria,
las absuelva la inocencia,
ó las castigue la honra;
porque el estado no sufre
violencias escandalosas.
Decidme, con qué pretexto,
con las armas vencedoras,
rompisteis por las fronteras
de Aragon, y en Zaragoza
obligasteis á Don Pedro,
Rey de la provincia toda,
á quejarse de las armas
de Castilla poderosas
sin tener parte en la guerra,
que hizo vuestra gente propia,
contra la paz asentada
entre estas nobles coronas?
Con qué intento, cuando fuisteis
á la conquista famosa
de Valencia, me llevasteis
de Asturias, Leon y Astorga
los soldados mas valientes,
que al lado de mi persona,
columnas eran de España,
y pasmo de toda Europa?
Qué os movió, Cid campeador,
á romper con belicosa

osadía por Monzon
y Alcocér, contra las propias
treguas, que hicisteis por mí
con Mahomad Belerboya,
obligándole á Castilla
á satisfacer la costa,
que al africano en la guerra
le hicisteis con vuestras tropas?
En qué os fundais en sacar
para la guerra, que ahora
haceis á Valencia, sea
por fuerza ó voluntad propia,
de los ricos hombres, solo
los tesoros que ellos gozan?
A qué fin, ó con qué intento
queréis llevar á vuestra esposa
y vuestras hijas al reino
de Valencia? qué discordia
introducís al estado?
Por ventura, en esta gloria
del vencimiento, queréis
de Valencia la corona,
pasando desde vasallo
á la diadema costosa
de Príncipe Soberano,
sabiendo vos, que la sombra
del reinar aflige á quien
con noble título goza
el laurel de sus vasallos?
Vuestra soberbia es notoria:
vos las leyes militares
las haceis sentencias propias?
Y sin dar parte al consejo,
sois árbitro de las otras
naciones confederadas
á las dos Castillas solas?
Qué es esto, Cid campeador?
qué nube vanagloriosa
se opone al solar antiguo
de vuestra nobleza heroica?
En qué fundais estos duelos?
Se os borró de la memoria,
que soy Don Alfonso el Sabio,
Rey de Castilla, que goza,
por la línea de los Reyes,
la famosa sangre goda?
Hablad, que os he concedido
este breve rato ahora,
por no dejar, como debo,
á la parte generosa
de la Divina Justicia,

pues con ella y la notoria
igualdad de mi consejo,
sabré castigar discordias,
sabré oprimir vanidades,
y sabré, sin que se opongan
vasallos inobedientes
al poder de mi corona,
ponerlos junto á los pies
las cabezas sediciosas;
que en tales casos no tiene
lugar la misericordia.

Cid. Estaba considerando,
que en aquesta sala propia
vuestro padre, que ya asiste
en alcázares de gloria,
me dijo un dia, viniendo
de vencer á Limaona,
de los pies á la cabeza
bañado de sangre mora:
Cid Ruy Diaz, por vos reino,
mas vale vuestra tizona,
que cuantas corbas cuchillas,
que cuantas espadas cortan
por decreto de la muerte:
por vos me tiembla la Europa,
por vos soy Emperador
de cuantos laureles logra
todo el ámbito de España:
perdonad mi vanagloria.
Dijo verdad vuestra padre;
porque hablando sin lisonja,
tres veces le di la vida,
una en los campos de Loja,
otra enfrente del Moncayo,
y la tercera en Pamplona.
Honróme Fernando aquí;
pero Alfonso me deshonoró:
mudanzas son de los tiempos;
vanidad son de las glorias
de este mundo; pero á mí,
ni me alteran ni me postran:
el que fui soy, y he de ser,
ande la fortuna loca
dando vueltas á su rueda,
que mi espada vencedora
ha echado á rodar el mundo
con ser diferente bola.
Yo, señor, no he de cansarme
con retóricas lisonjas,
si rompí por Aragon,
es gané hasta Zaragoza:

si alteré la paz, primero
 se entró Don Pedro en Rioja:
 si os llevé los capitanes,
 vuestras banderas tremolan:
 si hice guerra á Alí, os rendí
 cinco ciudades famosas:
 si tributaron los ricos,
 por eso el pobre no llora:
 si os pedí á Doña Gimena,
 no es agena, que es mi esposa:
 si á mis hijas, claro está,
 que son del alma custódidas;
 de modo que si juzgáis
 sin pasion mis culpas todas,
 los cargos que me poneis,
 perfectamente me abonan;
 porque si de todos ellos
 se aumenta vuestra corona,
 y vos, señor, os quedais
 con lo ganado á mi costa,
 vos cumplis con el consejo,
 y yo con lo que me toca.
 Y si estas, señor, son culpas,
 cargadme de ellas, que á pocas
 audiencias, sereis señor
 de la gran Constantinopla.
 Decis, que defendiend mal
 la reputacion honrosa
 de vuestra casa imperial;
 acuérdome, que allá en Roma,
 entrando con vuestro hermano,
 que murió sobre Zamora,
 á besar la mano al Papa,
 ví siete sillas famosas
 de siete Reyes cristianos,
 y una de las sillas sola
 estaba un grado mas alta,
 que la vuestra; no es lisonja,
 por San Juan Evangelista,
 que llevado de la honra,
 de un puntapie que la dí,
 fue la tal silla imperiosa
 á estrellarse con el techo,
 y á vuestra silla española
 la puse con la del Papa;
 y á cierta osada persona,
 que lo quiso defender,
 asiéndole de la gola
 le arrojé sobre la pila
 de agua bendita, y tomóla,
 con que salió perdonado

de veniales discordias;
 y si no me lo quitaran,
 fuera mortal su congoja.
 Y porque sepais quien soy,
 hazaña es esta, que monta
 mas que todas las de Xerxes;
 yo, á pesar de Europa toda,
 en tiempo de vuestro padre
 me opuse con mi persona
 á defender, que Alemania
 con la máquina redonda
 del Imperio, no tuviese
 en la nacion Española
 jurisdicción militar,
 y quité á España con honra,
 que no le pagase el feudo,
 que le pagaban las otras
 naciones: y vive Dios,
 que si os falta mi tizona,
 que habrá de caer:—

Caese el cuadro del Rey, y detiéndole el Cid.

Alf. Qué es esto?

Cid. Vuestro retrato fue ahora
 á caer; pero mi mano,
 imán de vuestra Corona,
 le detuvo, que aun pintado
 defendiend vuestra persona.

Alf. Sí; pero en Santa Gadéa
 al original sin copia
 le tomasteis juramento.

Cid. Aun teneis de eso memoria?

Alf. Y la tendré eternamente:
 no esteis en Burgos un hora,
 llevaos á Doña Gimena
 y vuestras hijas.

Cid. De forma,
 que me mandabais prender?

Alf. El decreto se revoca,
 porque ganeis á Valencia.

Cid. Para vos lo gano sola.

Alf. Está bien; ello dirá.

Cid. Si algunas lenguas traidoras
 os han dicho, que yo intento
 conquistar tierras remotas,
 que no sean para vos,
 con esta de Marte antorcha,
 fuego ó tizon, con que abraso
 los ministros de Mahoma,
 por el altar de San Pedro:—

Alf. Retiraos, que ya es hora.

Cid. Partirme será mas cierto.

de las escuadras cristianas,
no solo quiere rendirle
esta ciudad soberana,
pero que le notifica,
que antes que pase mañana
le ha de echar de todo el reino
de Valencia, y en su alfana,
que en las ráfagas del viento
es hipógrifo con alas,
ha de llegar á poner
las diez lunas otomanas,
con el pendon de Mahoma,
no solo en las torres altas
de Burgos, sino en Zamora,
Palencia, Toro, Cantabria,
Pontevedra, y sobre el mismo
sepulcro, que tiene y guarda
Galicia del gran patron
de los imperios de España.

Mart. Yo te alabo tu ventura.

Inf. Yo, cristiano, tu arrogancia.

Mart. Con la paz te ruega el Cid.

Inf. Yo con la guerra y las armas.

Mart. Lástima tengo á tu mucho
valor y hermosura rara.

Inf. Yo á tu presencia, que tienes,
si la vista no me engaña,
valor, nobleza y poder,
valentía y arrogancia.

Mart. La paz se debe admitir.

Chap. Mas quiere la paz de Francia.

Salen Elvira y Brianda.

Elv. Qué es embajador del Cid
el que ha llegado? *Briand.* La Infanta
está aquí con él. *Mart.* Qué veo!
Chaparrin, se engaña el alma?
no es ésta mi prima? *Chap.* Si:
y con ella está Brianda.

Elv. Cielos, qué miro! *Briand.* Señora:-

Elv. Vivid, inertas esperanzas.

Briand. No es tu primo y Chaparrin?

Inf. Conoces, noble cristiana,
á este embajador? *Elv.* Señora,
el cristiano que buscaba,
cuando tú me cautivastes,
es este. *Inf.* Detente, aguarda,
que no has de ir con él.

Chap. Qué haremos?

Mart. Aunque me mate, la guarda,
aunque las leyes se rompan,
ó morir ó libertarlas.

Chap. Parece cosa imposible,
ya voy tentando la espada.

Mart. Esto es fuerza, obre el valor.

Chap. Lo demas es patarata.

Mart. Suplicote me concedas

llevar aquesa cristiana,
por ser prenda que yo adoro.

Chap. Yo llevarme la criada,
á pesar de Berbería,
del zancarron y la pata.

Rey. Cristiano, esa esclava noble
no es posible que la Infanta
te la conceda. *Mart.* Bien sé,
que de una ciudad cercada
no puedo escapar con vida;
pero el empeño me llama:
ya he de librarla. *Rey.* Qué dices:
de mi palacio no salga
con vida. *Elv.* Válgame el cielo!
en todo soy desgraciada.

Elv. Matadlos. *Ali* Mueran. *Inf.* Teneos.

Mart. Quién ha de morir, canalla?

Rey. Las leyes de embajador
á ese español no le valgan:
matadlos, digo. *Inf.* Esperad,
no han de decir, que las armas
de Bucar, Rey de Valencia,
y Altisidora la Infanta,
rompieron con deshonor,
aunque haya bastante causa,
el derecho de la guerra:
fuera de que la bizarra
valentia del cristiano,
el oponerse á la guarda,
el dar su vida á la muerte
por defender á su dama,
mas obliga que desprecia,
mas ennoblece que agravia;
y si cristiano no fuera,
y rigiera mis escuadras:-
pero es contra mi valor:
el buscarlo en la campaña
es accion de mi grandeza:
ya tienes libre la esclava;
sigue, cristiana, tu amante.

Elv. Con la vida y con el alma.

Mart. Qué me mirais, africanos?

Chap. Qué me mirais, africanas?

Mart. No llega ninguno? *Chap.* No llega.

Mart. Ven, Elvira.

Chap. Ven, Brianda.

Vanse.